

EN BUSCA DE UNA FORMA (CASI) PERDIDA: TEORÍA Y TEXTUALIDAD DE LA LITERATURA EPISTOLAR (*)

Nicolás Jorge Dornheim

Junto a mi secretario, a mi mueble secretario, en los estantes de mi biblioteca, veo algunos títulos que suelen ser los preferidos para entrar en la atmósfera de un autor, de una literatura, de un siglo, de una época, pero los más soslayados cuando se trata de cursos, de seminarios o de investigaciones. Me refiero a las *cartas*, a los epistolarios, a los volúmenes de correspondencia, que soportan habitualmente una existencia relegada en las bibliografías universitarias, frente a las obras primarias y secundarias usualmente consideradas de fondo, como si la amenidad de su lectura constituyese un callado reproche de facilismo casi paraliterario para la seria tarea académica. . .

Recorro, pues, los estantes y poso la vista sobre lomos en los que leo: J. W. Goethe, *Briefe* (en la edición de Hanser epilogada por mi inolvidable maestro muniqués Hans Heinrich Borchardt); leo

(*) Conferencia presentada a las "Terceras Jornadas Regionales de Literatura Alemana", que tuvieron lugar en la Universidad del Salvador, Buenos Aires, del 18 al 20 de octubre de 1984.

Briefe an Friedrich Baron de la Motte Fouqué, en una vieja y valiosa edición de hojas amarillentas, impresa en Berlín en 1848, al cuidado de la viuda del escritor, Albertine, cuando el romanticismo comenzaba a ser historia y recogía cuidadosamente sus realizaciones y frutos. Ahora la mirada se asienta sobre la primera edición de las cartas de Thomas Mann, escogidas por su hija Erika en 1961, el primero de dos volúmenes que irían creciendo con los años, siguiendo la tendencia inexorable a medida que se aleja en el tiempo la muerte de un escritor célebre. En dos ocasiones encuentro la palabra *Cartas* junto y a continuación de la palabra *Obras*. Es el caso de las *Werke und Briefe* de George Büchner (edición DTV) y de Novalis (ed. Winkler), explicable en autores en los que las tan escasas como valiosas obras literarias dejan un espacio decoroso a la correspondencia en un mismo volumen.

Completo estos títulos dictados por el azar de su ubicación en mi biblioteca con otros volúmenes epistolares que han pasado por mis ojos de lector, alemanes y de otras literaturas. En cuanto a nuestro país, un sector natural y necesario de nuestra curiosidad literaria, aun cuando nos especialicemos en alguna literatura nacional extranjera, encuentro entre mis libros, más acá de los laboriosos corresponsales del Romanticismo, la *ausencia* epistolar de un Jorge Luis Borges, quien, en sus *Conversaciones con Richard Burgin* (Madrid, Taurus, 1974), dejó asentado:

“Burgin: ¿Ha mantenido frecuentemente correspondencia con otros escritores?”

Borges: No.

Burgin: Eso pensaba. Ud. ha sido más solitario.

Borges: Y, además, soy un escritor epistolar muy malo. Por ejemplo, tengo muchísimo cariño a mi madre. La quiero. Estoy siempre pensando en ella. Y, desde luego, tengo que dictar mis cartas. Pero incluso cuando, por ejemplo, estoy lejos de ella, le envío siempre cartas muy triviales”.

(p. 137)

Si bien se han estudiado para la literatura argentina las formas menores autobiográficas —Prieto la autobiografía, Battistessa sugirió alguna vez el estudio del diario literario, Castagnino se dedicó a los relatos de infancia—no conozco ninguna investigación sobre la historia de la carta y la literatura epistolar en nuestro país, co-

menzando por las novelas epistolares de ascendencia romántico—wertheriana en el siglo 19 como las *Cartas a un amigo* de Echeverría y *Cristián* de Ricardo Gutiérrez.

En nuestro siglo se revelan como adictos a la forma epistolar, y remito otra vez a las limitaciones de mi biblioteca, un Julio Cortázar, con sus cuentos como *Carta a una señorita de París* y sobre todo su *Cartas de mamá*, en el que la epístola traza el puente geográfico—cronológico entre Buenos Aires y su lugar de exilio primero voluntario y luego forzoso. Lo más reciente en el dominio epistolar argentino es quizás el pequeño volumen de las cartas de Manuel Mújica Láinez a Oscar Monesterolo, documento de un fecundo corresponsal en el que por un lado es reeditada la tipología maestro—discípulo de las *Cartas a un joven poeta* de Rilke, no en vano citadas como lema del libro, y por el otro se constata el modelo de la carta—diario, que muestra la amplitud de los sucesos cotidianos, desde los estados de ánimo hasta la gestación de la última novela.

Pienso, sin embargo, que la presencia de estos cada vez más espaciados continuadores coetáneos de la gran tradición epistolar europea—occidental no es lo suficientemente intensa como para borrar en los historiadores de la literatura la convicción de la declinación de ese género, en el marco de una vigencia social y literaria disminuida por medios de comunicación interpersonal cada vez más tecnificados y omnipresentes, como el telegrama, el cassette hablado y sobre todo el teléfono. La literatura de exilio, con su forzada y nostálgica traslación espacial, parece ser en nuestro siglo uno de los últimos baluartes de una comprensible intensidad epistolar. No puede ser casual que el poeta y crítico español Pedro Salinas, desde 1936 y hasta su fallecimiento en 1951 un desterrado, escribiera el a mi juicio más vibrante e inspirado ensayo sobre la carta, su *Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar* (En: *El defensor*. Madrid, Alianza, 1967).

El extenso ensayo de Salinas nace del choque entre la heteroimagen, alimentada durante su estadía en los Estados Unidos y Puerto Rico, de una civilización norteamericana propensa al "time is money" y al "wire, dont write", enemiga de la carta, y la autoimagen de una España tradicional, que el poeta cree encarnar, en la que la carta es todavía un ingrediente pleno de la condición humana. Cito:

“¿Porque Uds. son capaces de imaginarse un mundo sin cartas? ¿Sin buenas almas que escriban cartas, sin otras almas que las lean y las disfruten, sin esas otras almas terceras que las lleven de aquéllas a éstas, es decir, un mundo sin remitentes, sin destinatarios y sin carteros? ¿Un universo en el que todo se dijera a secas, en fórmulas abreviadas, de prisa y corriendo, sin arte y sin gracia? ¿Un mundo de telegramas? ”

(p. 20)

Salinas traza así, a partir de la chispa encendida por el roce de lo hispánico con lo “americano”, toda una fenomenología e historia de la carta, en las que se trata por cierto de defender el humanismo europeo ante el avance tecnológico experimentado durante el exilio. Me complace en citar otra vez a Salinas:

“He aquí, pues, dos virtudes preciosas de la epistolografía. En este siglo entremetido, en que se nos entromete en casa, por teléfono, una voz poco deseada, o por la radio del vecino otra aborrecible, o por la prisa del transeúnte el bocinazo del automóvil; en estos días en que se considera insoporrible fastidio estarse quieto diez minutos seguidos, cuando el coche a la puerta nos tienta a toda clase de traslaciones sin objeto, he aquí algo que nos alecciona a dos viejas formas de noble sabiduría: estar solos, recogidos en la reflexión, y adelantar espiritualmente por caminos que la pluma va abriendo, hacia una meta perfectamente clara: la persona que aguarda nuestra atención, o nuestro amor, por escrito, allá, a la otra orilla de la carta”.

(p. 61)

Menos elocuente y menos definitiva, por no provenir de la pluma de un gran poeta, más comercial e interesada, por salir de una institución monopólica y gubernamental alemana, es la defensa de la carta que en estos últimos meses formula en las grandes revistas germanas el periodista Henri Nannen, por encargo del correo federal alemán y en forma de aviso de una página con el título “Ein Bundespräsident für 80 Pfennig”, “Un presidente federal por 80 peniques”, por ejemplo en el semanario “Der Spiegel” del 2 de julio de 1984. Alude el título del texto periodísticamente estilizado

a la figura del presidente federal de la era Adenauer, Theodor Heuss, "ein ebenso leidenschaftlicher wie kluger Briefeschreiber", un corresponsal tan apasionado como inteligente, cuya efigie ornaba una estampilla postal de uso muy frecuente con un valor de ochenta peniques. Heuss es efectivamente puesto al servicio de un incremento de la correspondencia de los alemanes de hoy, con argumentos que en el fondo reeditan los de Salinas:

"Briefe, wie Theodor Heuss sie schrieb, sind eine andere, eine hautnähere Verbindung zwischen den Menschen. Briefe sind wie Gespräche zwischen Freunden, und da das Blatt Papier zwischen Einfall und Äusserung liegt, sind sie konzentriertere Gespräche, überlegter und nachhaltiger als der flüchtige Anruf. . ."

Pero no sólo en la argumentación, también en la intención coinciden Salinas y el aviso publicitario, cada uno desde su especial situación y nivel: en la defensa de la carta privada, primer instrumento de la ubicuidad humana, ante el avance de los medios actuales de comunicación masiva.

Esta reivindicación no siempre fue necesaria. No es tan sólo nuestra convicción de lector, lo asegura por lo demás el estudio de la historia del género epistolar en Alemania (Wilhelm Grenzmann): el siglo 18 vive el apogeo de esta forma, desde la estilizada carta privada hasta la vigencia europea de la novela epistolar. Más elocuente que muchas palabras al respecto es sin duda el siguiente pasaje de la autobiografía de Goethe, *Dichtung und Wahrheit*, para cuya comprensión se impone la aclaración previa del contexto. A fines de febrero de 1772, Goethe emprende una caminata desde Francoforte hasta Coblenza junto al Rin, donde debía encontrarse con su amigo Merck en la residencia de la conocida familia de la Roche. Al comienzo del libro 17 de su historia, nos cuenta cómo conoció allí a Franz Michael Leuchsenring (1746-1827), maestro de ceremonias del príncipe Luis de Hessen, destacado por sus aficiones literarias:

". . . estaba invitado también Leuchsenring, que llegó de Düsseldorf. Aquel hombre, de gallardos conocimientos en materia de literatura moderna, había adquirido en el curso de distintos viajes, pero sobre todo durante su estada en Suiza, numerosas amistades, y como era simpático y halagador,

granjeóse mucho valimiento. *Llevaba consigo varias cajitas, en las que guardaba su correspondencia confidencial con varios amigos*, pues había a la sazón, en general, tan universal franqueza entre los hombres que no se le podía hablar o escribir a uno solo en particular sin pensar que aquello iba dirigido también a otros muchos. Espiábase el propio corazón y el corazón ajeno, y con la indiferencia de los gobiernos respecto a tal medio de comunicación, la gran rapidez de los correos, la seguridad del sello y su módico precio, no tardó en difundirse aquel comercio moral y literario. Esas correspondencias, sobre todo las mantenidas con personas principales, eran cuidadosamente recopiladas y leídas luego a trozos en los amistosos encuentros. . ." (Trad. Cansinos Assens. ed. Aguilar, II, 1950, p. 1758-9)

Diffícil concebir en nuestra época a un Leuchsenring, cuyo prestigio social, recordado por Goethe con justificable idealización cuarenta años después, residía en aquellos cofrecitos portátiles que contenían cartas manuscritas, como lo podrían ser hoy estuches con los últimos video-cassettes. Aquellas misivas eran leídas en público como medios de formación de la sensibilidad y de divulgación de las novedades sociales y literarias de la época. Y es, en fin, imposible de exagerar la importancia del género epistolar en una obra como la goetheana, en la que una entonces ciertamente revolucionaria concepción existencialista del arte —para usar la útil categoría de Pierre Guiraud —acercaba la literatura a las más variadas formas autobiográficas, como el diario íntimo, el diario de viaje, la autobiografía, la biografía y la carta, en todas las modalidades y posibilidades estéticas concebibles en aquellos tiempos.

El 6 de diciembre de 1765, Goethe escribe desde Leipzig su célebre carta a la hermana Cornelia, en la que le aconseja sustraerse a la ayuda epistolográfica del didactomaniaco padre y a escribir como se habla: "Merke dies: schreibe nur wie du reden würdest, und so wirst du einen guten Brief schreiben." La crítica que hace allí al vocabulario epistolar de la hermana revela en el joven estudiante una actitud de creciente afinación en el género, cuyo dominio era insoslayable en la burguesía ilustrada de ese entonces. Más adelante en el tiempo, y ya en el pedestal de la fama, se suman a las cartas privadas las cartas—diario, las cartas circulares y por fin, en un comprensible gesto de preservación de privacidad, la actitud de dis-

tanciamiento y hasta frialdad frente a los innumerables y tantas veces inoportunos o indeseados interlocutores, el cansancio epistolar: "Nichts wird mir saurer als Briefe zu schreiben. . .", escribe el 21 de octubre de 1790 desde Weimar a Christian Körner, padre del poeta romántico de *Leyer und Schwert*.

Muy vecino de ese esporádico agotamiento, el máximo esfuerzo de densidad epistolar en las cartas que logran penetrar en el meollo de un ser humano, como la dirigida a Lavater el 20 de septiembre de 1780: "Diese Begierde, die Pyramide meines Daseins, deren Basis mir angegeben und gegründet ist, so hoch wie möglich in die Luft zu spitzen, überwiegt alles andere. . ."; o aquella otra, más conocida, del 27 de agosto de 1794, en la que agradece a Schiller el haber esbozado en la misiva anterior "la suma de mi existencia".

Acorde con esta riqueza y capacidad crítico-reflexiva de la misiva privada, la gama de posibilidades de la carta literaria, desde la carta intercalada —*Los años de aprendizaje de Guillermo Meister*, I, 16: "Unter der lieben Hülle der Nacht, die mich sonst in Deinen Armen bedeckte, sitze ich und denke und schreibe an Dich, und was ich sinne und treibe, ist nur um Deinetwillen. O Mariane! . . ." — hasta la novela epistolar paradigmática, *Los sufrimientos del joven Werther*.

El impulso y la legitimación dados por Goethe al ingrediente epistolar en la prosa alemana, fueron, como en todos los campos de su actuación, decisivos para estos dos últimos siglos. Un ejemplo: el lector de *Effi Briest*, de Theodor Fontane, (1895), se encuentra no sólo con una protagonista que es asidua corresponsal, sino también con la carta como motor del suceder argumental, cuando el inflexible barón von Innstetten halla en un atado de cartas escondidas la prueba de la infidelidad conyugal de Effi, hecho que lleva al previsible desenlace de la novela.

Una vez instalados en el siglo XX, y ahora con el necesario trasfondo histórico para la justipreciación de los hechos más recientes, nos encontramos a comienzos de nuestra centuria con la cumbre después inalcanzada de la cultura epistolar y con aquella estela goetheana que Wilhelm Grenzmann confirma cuando se refiere a la "fidelidad al pasado" de Hugo von Hofmannsthal en su artículo básico sobre la carta en el *Reallexikon der deutschen Literaturgeschichte*. Se trata de *Die Briefe des jungen Goethe*, carta ficticia, con seguridad, dirigida a un presunto oficial de marina.

Como Thomas Mann y Hermann Hesse, y cada uno a su manera, von Hofmannsthal recrea en estas escasas cuatro páginas (no traducidas aún al castellano) el mundo goetheano como quien se cobija serenamente en los últimos rayos del sol poniente, "alles doch so verklärt von dieser sinkenden Sonne, so brennend in diesem Widerschein, wie die letzten Fichten am Bergkamm". En una potenciadora refracción, el autor de la carta ofrece al oficial, a requerimiento de éste, lectura goetheana para su tiempo libre, concretamente un tomo de sus cartas juveniles. Y le sugiere a su corresponsal que lea las cartas de Goethe sin prejuicios, sin petrificarlas con el nombre consagrado, así como él mismo —el oficial de marina— ha podido escribir, también él joven, sus propias misivas: las cartas extensas venidas de lejos, las breves que se entrecruzan dos, tres veces al día entre amantes, las cartas de la amistad, los diarios íntimos en forma de carta,

"...alles das, wie Dus in der Schreibtischlade selber liegen hast oder daheim in der grossen Briefschatulle, so ists hier in dem Buch, nur dass es hundertunddreissig Jahre alt ist und eine Luft durch und durch weht, eine feuchtende ahnende Morgenluft—die kann ich Dir nicht vorweg beschreiben, die musst Du fühlen."

Lo que cabe retener de estas en el mejor sentido de la palabra estremecedoras páginas de juvenil impresionismo de Hofmannsthal es también la obiedad con la que apoya la lectura del epistolario de Goethe en la inquebrantada actividad epistolar de un joven militar del 1900.

Seguramente hay otros testimonios de la presencia de las cartas de Goethe en nuestro siglo. Recordemos la escena de la discusión entre Malte Laurids Brigge y su prima Abelone acerca de la lectura correcta de la correspondencia entre el anciano de Weimar y Bettinavon Arnim, hija de aquella Maximiliane La Roche que había conocido el joven escritor en Coblenza junto a Leuchsenring y sus cofres de correspondencia. Las cartas de y a Bettina figuran entre los libros preferidos de Malte, porque le enseñaron la incondicionalidad del amor: "Wie ist es möglich, dass nicht noch alle erzählen von Deiner Liebe? Was ist denn seither geschehen, was merkwürdiger war?", escribe Malte en su diario. A su vez, el epistolario del mismo Rilke es para Grenzmann testimonio de su con-

cepción de la carta como "una tarea que ocupa un lugar importante en su producción total. Son al mismo tiempo taller y documento de su desarrollo espiritual y contienen las experiencias fundamentales de su vida: arte, religión, amor y muerte".

No se puede dejar de lado por cierto en esta revista, que resume mis clases sobre las formas autobiográficas en la literatura alemana dictadas en el curso de 1983, el nombre de Franz Kafka, quien, sobre la sólida base de su unilateral pero frondosa correspondencia, escribió su *Carta al padre*, carta privada y al mismo tiempo literaria, alegato jurídico, autoconfesión, catarsis, intento de suma de su existencia en la que por cierto ninguna pirámide organicista apunta hacia el cielo como en Goethe, mitificado y polarizado esbozo de autocomprensión, invaluable texto para la crítica biográfica de Kafka y testimonio de las posibilidades estéticas del género epistolar en 1919, no en la dimensión de la tradicionalidad literaria, sino en el a flor de pluma de una apropiada vía de comunicación urgida por la retracción del correspondiente.

Desde el punto de vista de la inserción de la forma epistolar en la literatura, lo novedoso y específico de nuestro siglo tecnificado parece residir, sin embargo, en la presencia, más acá de su promediar, de autores en los que dicha forma es arrinconada o sustituida por nuevas posibilidades tecnológicas de comunicación.

Sin agotar este tema, recordamos en primer lugar a Heinrich Böll y sus novelas tempranas, en las que el teléfono juega un destacado y hasta decisivo papel como estructurador de la interrelación entre los personajes. Pienso en su relato *Und sagte kein einziges Wort* (1953), y en las numerosas llamadas de Fred Bogner desde teléfonos públicos — signo de la pobreza de la postguerra inicial— para conseguir dinero, protagonista que no casualmente tiene por ocupación principal la de ser telefonista en una asociación religiosa.

En *Ansichten eines Clowns* (1963), y en una perspectiva de interpretación ya develada por Helmut Motekat en su conferencia inaugural para las Jornadas Latinoamericanas de Literatura Alemana que tuvieron lugar en Córdoba en 1969, el lector se encuentra con una recreación parcial de la novela epistolar por excelencia, *Werther* de Goethe, en la que el joven payaso Hans Schnier critica como su antecesor dieciochesco los dogmatismos de la época, se desvive por un amor imposible hacia Marie Derkum, quien, cual una

nueva Lotte, ha optado en definitiva por la seguridad que le brinda su matrimonio con Züpfner. Sólo que Schnier no escribe cartas —y cuando las escribe, a Marie, no son siquiera abiertas—; el protagonista se conecta con el mundo telefónicamente, a la novela epistolar sucede en nuestro tiempo la novela telefónica. Cito:

“Apreté la horquilla y dejé el auricular junto al aparato. . . Olvidé mencionar que no sólo estoy dotado de melancolía y dolor de cabeza, sino también de otra propiedad distinta, casi mística: puedo percibir olores a través del teléfono, y Kostert olía a dulzonas pastillas de violeta”.

Cotejada con las prolongadas conversaciones telefónicas en la novela, que a menudo organizan un capítulo completo, la única carta del relato se asemeja por su laconismo a un telegrama:

“Querido hermano (escribe Leo, hermano de Schnier), comunícote que después de profundas reflexiones he decidido pasarme a la Iglesia católica y prepararme para ser sacerdote. Estoy seguro de que pronto tendremos ocasión de hablar sobre este decisivo cambio en mi vida. Tu hermano que te quiere. Leo”.

Queda confirmada la superioridad del hablar sobre el escribir como medio de comunicación en los personajes de esta novela de Böll aun en una forma escrita del arte como lo es la literatura. No en vano coexisten, desde la década del 50 y aun antes, la secular forma escrita de la novela y la “novela” radial y televisiva, en la que la emisión acústica y visual ha desplazado la lectura de un texto.

El pluralismo de nuestros tiempos permite, no obstante, que, junto al telefonista de Böll y la cotización electrónica subsistan, hasta no hace mucho al menos, como la tradición oral en los valles provincianos a los que no llegaba la radio, los sucesores de Leuchsenring y sus cofrecitos de correspondencia. En la misma década en la que Fred Bogner organizaba sus relaciones humanas desde la cabina telefónica, Hermann Hesse, el entonces ya anciano ermitaño de Montagnola, había dejado de escribir novelas y, casi, poesías, para vincularse con sus amigos y lectores por medio de las cartas circulares, *Rundbriefe*.

Efectivamente, el predominio de la carta circular o colectiva en el Hesse tardío, que ata cabos con la tradición germánica inicia-

da en la Reforma con los *Sendschreiben* de Lutero y continuada con los *Circularschreiben* que Goethe solía enviar desde Italia a sus amigos en Weimar, se suma en aquel autor suabo no sólo a su rica correspondencia como medio de contacto de un hombre poco sociable con sus familiares, amigos, colegas, detractores, lectores y aun con políticos como el Heuss de la estampilla de 80 peniques, sino también, y ello es importante, a una epigonal presencia novelística de la carta intercalada, como lo comprueba representativamente el capítulo *Das Rundschreiben* en *Das Glasperlenspiel*, carta con la que Knecht justifica su renuncia a su alto cargo castalio, y que a su vez merece en esa biografía una respuesta epistolar.

Antes de terminar con esta exposición debo justificar la inclusión, en el título, de la teoría acerca del género epistolar.

Durante un buen trecho de nuestro siglo, y con anterioridad a la actual ampliación del concepto de lo literario, se planteó, como es bien sabido, la pregunta si las formas autobiográficas y didácticas como la carta, el diario —en el sentido de *Tagebuch*— y la autobiografía pertenecen y en qué medida y bajo qué condiciones pertenecen al dominio de lo estético—literario, si pueden ser enmarcadas en la poética tradicional en cuanto teoría de los tres grandes géneros literarios. Para contestar este interrogante, se impone previamente una distinción entre los tipos de cartas, una tipología epistolar.

La carta comercial es por cierto una forma no literaria, informativa, denotativa, sin atisbos estéticos. Una carta privada en cambio, y todos lo sabemos como corresponsales, puede poseer una estilización que la acerca a la literariedad. En una carta privada de un poeta o escritor, el valor literario ya puede residir en el mero hecho de su significación como documento biográfico y apoyo para el análisis de su obra, como taller literario que revele el estilo, las ideas, las relaciones, los temas, la vida privada de un autor.

El próximo paso es la carta literaria, de intencionalidad ficcional, muchas veces con disminución de características formales de la carta auténtica. Se presenta la potencialidad de su publicación. Puede darse el caso de una carta literaria única, o de la carta literaria intercalada en formas mayores como la novela y el drama, o de la novela epistolar como sucesión estética— y genéricamente organizada de misivas imaginarias.

De esta apenas esbozada tipología se desprende que la carta como tal puede ser no literaria, estar en una zona de transición o ser netamente literaria. La pregunta es si su literariedad depende exclusivamente de su carácter ficcional, como lo exigía Wellek, si depende de su capacidad de inserción en la poética normativa de los tres géneros, o si se acepta por un lado que aun un texto utilitario como una carta privada o un diario íntimo involucra en el fondo un yo ficcional que se impone desde la forma elegida sobre la persona real, y por el otro que la poética debe reconocer la existencia de un cuarto género didáctico o utilitario.

Esta amplificación de la poética parece haberse impuesto definitivamente en nuestros días. Prueba de ello es como hito notorio la conferencia inaugural de Friedrich Sengle en la universidad de Munich, de 1966, publicada en 1967 con el título *Die literarische Formlehre. Vorschläge zu ihrer Reform*. Sengle prefiere la expresión "formas literarias", porque permite dejar de lado la para él superada trinidad de los géneros tradicionales y reconocer el permanente movimiento histórico de los hechos literarios. El resultado de esta expansión del campo literario en la enseñanza y en la investigación es que hoy ya no hay formas literarias más nobles o encumbradas que otras, y que se estudian asiduamente la biografía, la autobiografía, el diálogo, el discurso, el sermón, el diario íntimo, aforismo, el ensayo, la columna periodística, la carta y tantas otras formas de lo literario. En cuanto a la carta, la investigación en el ámbito alemán no es todavía muy densa, y se mueve entre los pioneros y fundamentales estudios de Wilhelm Grenzmann y la a mi juicio ya demasiado amplia tipología de Horst Behlke en su artículo "Gebrauchstexte", dedicado a los textos utilitarios, en los *Grundzüge der Literatur – und Sprachwissenschaft* de 1973.

Espero no haber despertado la impresión, que puede haber surgido a esta altura de mi exposición, que la teoría y la erudición deben llenar en estos días el vacío dejado por una falta total de creatividad en el campo de la carta literaria. No, los cofres de Leuchsenring, aunque ya no tan abundantemente provistos y sin despertar la curiosidad de otrora, todavía se abren en nuestra era telefónica. Que lo hacen para expresar también la realidad de la Alemania actual, de ello sea reflejo cabal este último texto que desearía citar por completo, en traducción propia. Un joven alemán de la República Federal escribe en 1982 una carta a una joven ale-

mana de la República Democrática, que ha conocido en la ciudad alemana oriental de Dresden. El autor de esta *Brief an ein Mädchen in Dresden*, publicada en la revista "Neue Deutsche Hefte" (2, 1982) es Bernd Romswinkel:

"Bonn, el. . .

Querida. . .

Cuando esperaba a mi primo en un café, te sentaste junto a mi mesa. Mientras bebía una cerveza y observaba el tránsito en la calle, sacaste un libro de tu bolso y comenzaste a leer. Te observé sigilosamente, para ver cómo corrías tus largos cabellos rubios detrás de las orejas para que no te pendieran delante de los ojos. Pero pronto pusiste el libro sobre la mesa, usando la fuerza de la gravedad como señalador, me rozaste con tu mirada y fuiste al baño. Vi que trataba de un comentario de "Fausto" de Goethe, y, una vez que te habías sentado nuevamente, te dirigí la palabra haciendo referencia a ese volumen. Conversamos sobre Fausto, sobre Goethe, sobre la literatura en general. Pero pronto dijiste que debías retornar al colegio. Quedamos en encontrarnos por la tarde en el mismo café. Cuando te alejaste, te seguí largo rato con la mirada. Por la tarde te pedí que me mostraras algo de la ciudad. Caminamos sin prisa por Dresden, y supimos muchas y divertidas historias que nos hicieron reír con ganas. Muchos giraron la vista hacia nosotros cuando estallaba tu cantarino humor. En los prados ribereños del Elba tomamos sol. Hablaste de tu colegio, dijiste que estabas cerca del egreso. En ese día, antes de nuestra cita, tenías todavía clase de defensa militar.

"Hoy hemos ejercitado cómo arrojar granadas de mano, Después nos dieron planos de reconocimiento de vehículos de la Bundeswehr. Sobre este tema nos tomarán lección la próxima vez." Mañana debo iniciar mi servicio militar en el ejército federal, en un cuartel de Munich."

En esta carta literaria seguramente ficticia, pues los datos en ella registrados tienen por horizonte de espera más a nosotros lectores que a la joven destinataria que también los ha vivido y por ende conoce previamente, todo es al principio una incipiente, po-

tencial historia de amor, fraguada por un encuentro fortuito y reforzada por el común interés en la literatura, en un Goethe como símbolo evidente de una unidad espiritual alemana que resalta detrás de la actual desunión política. Pero en la parte final de la carta, en la que el azoramiento termina en un doble giro final que deja en suspenso incluso las fórmulas del cierre epistolar, irrumpe con su crescendo la confrontación del mundo privado con el político, la conciencia de la división alemana, del choque de dos mundos antagónicos que sólo tienen en común el idioma y el pasado.

Y en ese asumir de la temática actual por parte de la forma epistolar radica su supervivencia y su futuro, el de ella, que en el siglo 18 se había aliado con la novela para instaurarla en el canon de los grandes moldes de la literatura, y que hoy se encuentra relegada en un mundo cada vez menos privado, cada vez menos propenso a creer en la ilimitada limitación de los bordes de un sobre de correspondencia.